

Murcia

El Liberal

Murcia

Subscripción: UNA peseta al mes
En el resto de España: 5 pesetas trimestre
25 ejemplares 75 céntimos

Redacción, Oficinas y Talleres
1, CRÉDITO PÚBLICO, 1
Número suelto 5 céntimos

SE PUBLICA DIARIAMENTE EN MADRID - BARCELONA - BILBAO - MURCIA Y SEVILLA

EDICION DE LA MAÑANA



SEXTO ANIVERSARIO DEL SEÑOR

DON MARIANO GAMBIN MEROÑO

Que falleció el día 12 de Junio de 1900

R. I. P.

Todas las misas que se celebran el martes 12 del corriente, en la Iglesia parroquial de San Bartolomé, altar de Nuestra Señora de las Angustias, de media en media hora, desde las cinco hasta las doce, serán aplicadas por el eterno descanso del alma del finado, como también todos los cultos que se verifiquen en dicho día.

Su viuda doña Vicenta Baeza, hija doña Vicenta, hijo político don Alberto Medina Clares y nietos, Suplican á sus amigos y personas piadosas, la asistencia á estos cultos, por lo que les anticipan las gracias.

Murcia 11 de Junio de 1906.

Los Excmos. Sres. Obispos de Cartagena y Avila, tienen concedidos 40 días de indulgencias á todos los que aplicaren una oración por el alma del finado.

El Liberal en Murcia

Es el diario de mayor circulación de Levante
NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

CIRCULO DE BELLAS ARTES

LAS FIESTAS DE AYER

EL BANQUETE

Para solemnizar la terminación del brillante y provechoso curso pasado, organizó el Círculo de Bellas Artes varias fiestas que se celebraron ayer con el gusto y el lucimiento ya proverbial en esta cuna social.

A la una de la tarde, en el salón del Teatro Romea, donde tuvieron lugar luego el concierto y el baile, se verificó el banquete con que se obsequiaba á la distinguida pianista Emilia Miquel, á los profesores del Círculo, á los periodistas y á todos los que de alguna manera habían hecho contribuir al Círculo los sentimientos de gratitud, que tan cumplidamente ha sabido hacer ostensibles.

En las presidencias de la larga y bien dispuesta mesa, se sentaron la señorita Miquel y el alcalde D. Antonio López Gómez, y toda la comitiva, á cargo de los Hermanos Pérez, tuvo, por la compensación de propósitos y la satisfacción de todos, una nota de simpática amenidad muy agradable.

Al llegar la hora de los brindis, se pronunciaron varios, breves y espontáneos, fundidos todos en la expresión de congratularse por los éxitos ya logrados por el Círculo, bajo la dirección de su infatigable y entusiasta presidente D. Víctor Fernández Llera y de festejarle á la floriente sociedad nuevos triunfos y satisfacciones.

Habló el primero nuestro querido compañero D. José Martínez Tornal, que dió, como siempre, la nota sincera de su murcianismo, siéndole en el uso de la palabra D. Francisco González Aguilar, D. Enrique Vicedo, D. Francisco Medina, D. Emilio Meseguer, D. José Más, don Víctor Fernández Llera, D. Gaspar de la Peña, el alcalde D. Antonio López Gómez, D. José Calvo y el poeta y colaborador nuestro D. Carlos Cano, que leyó las siguientes versos:

Poniendo punto final á la tarea anual del Círculo dignamente, nos reúne su presidente en banquete fraternal.

Brillante fué la labor de este Centre; sin rubor puedo declararlo así, pues de su junta, en rigor, un cero á la izquierda fui.

A morir se preparaba esta cuna social, y tan exánime estaba que ya no la levantaba ni la Paz y Caridad.

Mas su nuevo presidente, que de arquitecto eminente mostró dotes peregrinas, de un edificio en ruinas hizo un palacio esplendente.

Y tal celo demostró y tanto y tanto luchó por el Círculo, que hoy día ya no le conocería la madre que lo parió.

El su esfera de enseñanza ensanchó en un dos por tres, y mirando en lontananza con Inglaterra alianza, puso hasta clase de inglés.

Conferencias ilustradas,

con encomio celebradas, instauró á más y mejor, resultando sus veladas una cosa superior;

pues sin políticas miras, dándonos la ciencia á tiras, los conferenciantes todas superaron en cien codos á todos los de Algeciras.

Y al par, en un santiamén, los laureles de su sien con un sextete completa que á maravilla interpreta á Beethoven y á Chopin.

Pero el mas rico laurel, que al Círculo suple á miel, fué que honrara este salón la artista que está de nen, la insigne Emilia Miquel.

¡Cómo tocal ¡Cómo sientel Cuando aquí apauda la gente suena el aplauso hasta en Yecla y todos bajan la frente cuando va de tecla en tecla.

Por ella brinde, por ella, pues del arte no hay estrella con tan vivo resplandor, y hasta el sol le arma querrela de su genio ante el fulgor.

Por eso la copa alzando, en vez de ricas preseas mi enhorabuena le mando, con toda el alma gritando: Emilia, ¡bandita seas!

Emilia Miquel puso término á la primera parte de las fiestas de ayer tocando obras en el piano con los primeros de ejecución de que tiene dadas tan notables pruebas.

Cerea de las cinco de la tarde terminó el banquete.

EL CONCIERTO

Sobre esta parte de las fiestas de anoche nos complacemos en publicar la siguiente autorizada impresión:

Con la sesión musical de anoche se ha cerrado la serie de las celebradas, con éxito indiscutible, por esta culta sociedad.

Con arreglo al programa oportunamente publicado, interpretó el sexteto de modo magistral y acabadísimo la «Polonesa» de Schubert, la «Serenata» de Breton y la «Romanza» de Svendsen, obras que estaban á su cargo, siendo premiada su neto é labor con nutridos y merecidísimos aplausos.

La segunda parte, compuesta de seis obras para piano y encomendada á la Srta. Miquel, constituía un verdadero alarde que sol y pueden permitirlos los artistas de excepcionales condiciones. Y en todas ellas triunfó completamente la gentil artista. El «Capricho» de Mendelsson con su encantadora poesía; el «Rondó» de Daquin, con su suave entonación; la «Mandolinata» de Saint Sáens, con su pintoresco colorido; la «Fleusa» de Godard, con su difícil mecanismo; el «Vals» de Moszkowski, con su delicada fluidez; y la «Rapsodia» de Liszt, con su voracidad de ritmos y su potente inspiración, tuvieron una interpretación tan magistral, tan admirable, tan justa, que sus finales eran acogidos con un prolongadísimo y entusiasta aplauso; y todavía ante la insistencia del numeroso y selecto auditorio, tuvo que ejecutar otras composiciones musicales que fueron premiadas con una gran ovación.

La impresión que ha producido la parte preeminente que la notabilísima pianista ha tomado en estas sesiones musicales, ha sido de verdadera admiración y de merecido entusiasmo. Ha dejado en la memoria de los amantes de la música la gratísima huella de lo verdaderamente

hermoso y ha despertado en su ánimo un sentimiento de gratitud hacia la bienhechora artista que, interrumpiendo por algunos momentos la penuria de manifestaciones artísticas en que se vive nuestra vida local, les ha ramontado á las supremas regiones del arte y en ellas les ha hecho gozar con deleite purísimo.

La música ha sido tan pródiga con esta genial artista que no le ha negado ninguno de los secretos de su divino arte; su cultivada inteligencia entiende con justeza y claridad las obras musicales; sabe de memoria el repertorio que ejecuta; sus dedos obedecen como fidelísimos servidores el impulso directivo; y así es fácil esa suprema variedad de matices que hace notar á un tiempo diferentes temas, sin que uno excluya á los demás; y esos acordes robustos y firmes y esas filigranas de diseño y esos graduales pianísmos en que la caja sonora del piano parece tener presa el alma apasionada de que nos hablan las leyendas y tradiciones fantásticas del arte, que estimulada por la pulsación de sus teclados llora y ríe, reza y canta, y unas veces se regocija y estalla en trinos y gorgoros de prodigiosa armonía y otras veces se adolora y prorrumpe en quejas y lamentos desgarradores.

Las eminentes cualidades de la señorita Miquel, la colocan en esa pléyada muy contada de pianistas que fian el éxito de su interpretación más al alma que á los dedos, que saben ocultar las mayores dificultades mecánicas con el dulce y atractivo vato del sentimiento é infundir con difícil facilidad en el ánimo de su auditorio ya el tranquilo y péctico reposo de una música de Mendelsson, ya la dulce melancolía de la música de Chopin ó el soberbio colorido de la música de Saint-Sáens, ó la placida armonía de la música de Thomé ó los acentos vibrantes y sonoros de las rapsodias de Liszt.

Por esto, los acordados sonos del piano cuando le tocan las manos privilegiadas de Emilia Miquel, conmueven á sus oyentes tan poderosamente que subyugan á los corazones con las bellezas de la música y con las primicias de la ejecución, se establecen en todo momento entre la artista y su público, esa misteriosa simpatía, esa hermosa inteligencia, esa reciprocidad de afectos, esa armonía de sentimientos que se gozan en las puras y serenas regiones del arte y que sólo pueden surgir cuando el artista, haciendo hablar al instrumento musical, acierta á expresar con él las ansias, los anhelos, las inefables nostalgias del espíritu.

Bien hayan, el Círculo de Bellas Artes que con estas solemnidades artísticas se propuso y ha conseguido fertilizar el yermo campo de la cultura y el gusto musical; los meritisimos profesores murcianos que han contribuido tan poderosa y dignamente á ese feliz resultado educador; y la eminente pianista que ejerciendo sobre sus oyentes una influencia irresistible ha inundado sus almas de un ecstasmo de sonoridad, de galanura, de gracia y de buen gusto artístico, que han inolvidable su recuerdo.

Emilio Díez.

EL BAILE

A las doce y media, que terminó el concierto, dió comienzo el baile que ha terminado á la una y media de la madrugada.

En el magnífico salón, completamente lleno de distinguida concurrencia, se hizo hueco, no sin gran trabajo, y se bailaron rigsdones y valsos.

Durante el baile corrió de mano en mano una bonita pusera de oro y brillantes que el presidente del Círculo, como recuerdo de la sociedad, le ofreció á la señorita Miquel.

El obsequio es de muy buen gusto. Además le ha sido ofrecido á la distinguida artista un precioso diploma de profesora del Círculo. Está pintado primorosamente por Picazo, el pintor delicadísimo de las flores, que ha dejado allí un nuevo rastro de su talento en una alegoría artística, elegiadísima por todos cuantos la han visto.

Durante el banquete y por la noche durante el concierto, el joven y reputado fotógrafo D. Francisco Miralles sacó fotografías, que serán un grato recuerdo de las fiestas de ayer.

El curso último que tantos motivos de satisfacción ha proporcionado al Círculo de Bellas Artes, ha tenido, con las fiestas de ayer un brillante final.

Ha sido todo cuanto ayer se hizo una prueba más de lo mucho que esta sociedad vale y puede y de que su vida material se desenvuelva ya sin agobios y con regularidad que permite hacer cuanto las repetidas sesiones artísticas y la lucidísima de anoche requieren.

Por todo el bien merece cuantos elogios y aplausos se le tributaron ayer y los que aquí consignamos con verdadero

entusiasmo el Sr. D. Víctor Fernández Llera, actual presidente é iniciador del movimiento decisivo de avance dada al Círculo.

Nuestra enhorabuena al Sr. Fernández Llera, á la junta directiva y á la sociedad entera, con el deseo de que sus nuevos alientos prosigan en el curso próximo la buena obra de cultura social con tan felices aciertos emprendida.

CARTAGENA

La Velada Marítima

Según parece, existen ya más probabilidades de que se celebre este año el simpár festejo que tanto nombre ha dado á Cartagena, conquistado en años anteriores con muy justo motivo.

A pesar de que se ha venido creyendo que por este año Cartagena se vería privada de la Velada Marítima, se asegura ahora que el alcalde señor Cañete, percatado de la importancia que para esta localidad tiene el presentar un programa variado de festejos, que atraiga como en otras épocas á los forasteros, ha convocado para el lunes próximo á una junta compuesta de importantes elementos de la población, en cuya junta el señor Cañete expondrá la verdadera situación de este Municipio y rogará á todas las personalidades que asistan tomen por su mano la organización de dichos festejos, ofreciendo al propio tiempo los escasos medios con que cuentan las arcas municipales.

Esto, con no ser mucho, ya es más de lo que se esperaba y cabe confiar en que todos estarán animados de los mejores deseos, para que el atractivo que siempre ha tenido Cartagena en la época del año que se aproxima, no decaiga, ni deje de percibir los beneficios que los festejos reportan á la población.

Animo, pues, y á responder al llamamiento que se propone hacer nue tre alcalde y que no se diga que se ha perdido el cartagenismo de otras épocas.

Nuevo cuartel

Según nuestros informes, ya han terminadas las obras de la casa cuartel que se estaban realizando en la diputación de Los Belones y en breve se establecerá en ella el puesto de la guardia civil concedido para dicha diputación, que tan necesario venia siendo.

De regreso

En el tren especial que condujo á la columna de desembarco, desde Madrid, llegó á esta el alférez de navío D. Alfredo Saralegui, que fué á la corte formando parte de dichas fuerzas.

Desde la estación; se trasladó en un carruaje á su domicilio, á consecuencia de las contusiones que recibió en un pie, al ser arrollado por un automóvil en la Puerta del Sol de la coronada vida.

—Más tarde, en el tren correo, y procedente de Madrid, regresó á esta el comandante del «Carlos V», capitán de navío de segunda, D. Alfonso Morgado, encargado de nuevo del mando de dicho buque.

—Ha regresado de Madrid el presidente del Casino D. Ricardo Spotterno.

Indocumentados

Anoche á las doce, el nuevo inspector de vigilancia señor Pérez Ortiz, acompañado de varios agentes, giró una visita á las posadas del barrio de San Antonio Abad, hallando en ellas un crecido número de personas indocumentadas, procedentes de otros puntos, que pertenecían a hacinados en dichos establecimientos.

No sabemos las providencias que tomaría esta autoridad, pues es este un asunto digno de fijar la atención, porque sabido es que en esas posadas se suelen albergar de toda clase de pájaros, pero suponemos que procurará por todos los medios ejercer una constante vigilancia, averiguando el modo de vivir de esa gente, limpiando de ella, si es posible, esta población.

Aplaudimos desde luego las iniciativas del nuevo inspector y le recomendamos prosiga por ese camino.

Enfermo

Se halla enfermo de una gravedad el ingeniero de minas D. Ginés Moncada, á quien deseamos un rápido y completo restablecimiento.

Función religiosa

Esta mañana, en la parroquia de Santa María de Gracia, se ha celebrado una gran función religiosa, en honor de la Santísima Trinidad.

La misa del maestro Rossi ha sido ejecutada á gran orquesta y dirigida por el maestro de capilla D. Valentín Cerveró.

La oración sagrada ha estado encomendada al elocuentísimo orador sagrado Dr. D. Justo Martínez Alcine, beneficiado de la Metropolitana de Valencia.

La función religiosa de que nos ocupamos, ha sido organizada por la Junta directiva de la Congregación de la Beatísima Trinidad.

Al acto, que ha resultado solemnísimo, ha asistido un público esesgado y numeroso.

10 Junio.

El drama de las bambalinas

Anteñoico era una chispa, al decir de cuantos andaban entre bastidores: no se había conocido traspunte como él desde hacia muchos años: era necesario remontarse á los tiempos de Máiquez y Rita Luna, como hacía frecuentemente un caballero gordo que iba todas las noches de tertulia al saloncillo, para hallar precedente de tal inteligencia y actividad.

Solamente cuando falleció se estimaron sus servicios en lo que valían. Porque no era el traspunte vulgar que con cinco minutos de antelación recorre los cuartos de los actores gritando: «Don José, va usted á salir.»—«Señorita Clotilde, cuando usted gusta.» Ni por pensar. Anteñoico tenía en su cabeza todos los pormenores indispensables para el buen orden de la representación; dirigía la tramoya con una precisión admirable, daba oportunos consejos al muebilista, hacia bajar el telón sin retrasarse ni adelantarse jamás; cuando había necesidad de sonar cascabeles para imitar el ruido de un coche él los sonaba; si de tocar un pito, él lo tocaba, y hasta redoblaba el tambor con asombrosa destreza, apagando el ruido para hacer creer al espectador que la tropa se iba alejando. En los dramas en que la muchedumbre llega rugiendo á las puertas del palacio y amenaza saquearlo, nadie como él para hacer mucho ruido con poca gente; una docena de comparsas le bastaban para poner en sobresalto á la familia real; á uno le hacia gritar continuamente «esto no se puede sufrir!», á otro le mandaba exclamar sin punto de reposo «¡muéran los tiranos!», á otro «¡abajo las cadenas! etcétera, etc., todo en un crescendo perfectamente ejecutado, que infundía pavor no sólo en el corazón del tirano, sino en el de todos los que se interesaban por su suerte. Además sabía arrojar piedras á la escena de modo que produjesen mucho ruido y no hiciesen daño á nadie; algunas veces hizo también escuchar su voz desde las cajas ó desde el sótano en calidad de fantasmas. En fin, más que traspunte debía considerarse á Anteñoico como un actor eminente, aunque invisible.

En el teatro era casi un dictador: los actores le halagaban porque le pedía hacer daño con un descuido intencional. La Empresa se mostraba satisfecha de él, y los dependientes le respetaban y le consideraban como jefe.

Era necesario verle con un reverbero en la mano derecha, el libro en la izquierda, una barretina colorada en la cabeza á guisa de uniforme, deslizarse velozmente por los bastidores acudiendo á opeustos parajes en nada de tiempo, poniendo prisa á los empleados, contestando al sinnúmero de preguntas que le dirigían, y esparciendo órdenes en estile telegráfico, como un general en el fragor de la batalla.

Con todo, Anteñoico tenía un grave defecto: le gustaban demasiado las mujeres. Quizá digan ustedes que este defecto no es grave: en cualquier otro hombre, convego en ello; pero en Anteñoico, un funcionario dramático de tal importancia, era un pecado garrafal. No hay más que pensar en que tenía bajo su inmediata inspección á varias actrices secundarias, ó sean racionistas, y que aun las principales veíanse obligadas á estar con él en una relación constante. De donde resultaban á menudo algunos disgustillos y desórdenes que se hubieran evitado si nuestro traspunte tuviese un temperamento menos inflamable. Verbigracia: se hubiera evitado que Narcisca, la jovencita que desempeñaba papeles de chula, se fuese del teatro dando un fuerte escándalo, diciendo á quien la quería oír que Anteñoico pellizcaba las piernas á las actrices en las ocasiones propicias; y también que la mamá de Clotilde, la primera dama, se quejase al empresario de que Anteñoico fuese con demasiada prisa á levantar á su hija siempre que caía desmayada al terminarse un acto. Hay que convenir en que todo esto era muy feo y dañaba no poco á la respetabilidad del traspunte, que, vuelvo á decir, era sin disputa el alma del teatro.

Sucedió, pues, que al medio de la temporada, el primer tramoyista contrajo matrimonio; era un hombre de unos treinta años de edad, feo, silencioso, sombrío, ojos negros hundidos, barba rala y erizada; inteligente con todo, y amigo de cumplir con su deber. La mujer que eligió por esposa era una jovencita, casi una niña, linda, vivaracha, nariz arremangada, más alegre que unas castañuelas, perezosa y juguetona como una gatita. Se casó con el tramoyista... no sé por qué;

quizás por su desahogada posición (ganaba seis pesetas diarias).

Para no privarse de su compañía en momento, el enamorado marido le trajo consigo al teatro; en los ratos que le dejaban libre sus ocupaciones, el pobre hombre gozaba con acercarse á su mujer; y darle un pellizco ó un abrazo furtivo. La muchacha, que no había entrado hasta entonces en la región de los bastidores, estaba maravillada y contenta al verse entre aquel bullicio, y pronto fué una necesidad el pasearse tres ó cuatro horas todas las noches vagando por las cajas y por los cuartos de las actrices, con quienes simpaticó en seguida.

Anteñoico, al verla por primera vez, se relajó como el tigre cuando afisa la presa. La barretina colorada sufrió un fuerte temblor y se dispuso á cobijar un enjambre de pensamientos tenebrosos. Mas como hombre experto y precavido, guardó sus ideas, contrarias á la unidad de la familia, debajo de la barretina, y aparentó no fijar la atención en la presa, y dejar que tranquilamente fuese y viniese á su buen talante.

Sin embargo, una que otra vez al encontrarse en los pasillos, le dirigía miradas magnéticas que la fascinaban, y prefería unas buenas noches privadas de ideas disolventes. Como es natural, la bella tramoyista no dejó de sospechar el género de pensamientos que dentro de la barretina se escondían, y en su consecuencia decidió ruborizarse hasta las orejas, siempre que tropezaba con el tigre-traspunte. Este avanzó con cautela, paso tras paso: nada de pellizcos ni de palabrotas necias, ni de estrujones contra los bastidores: una actitud sesegada, dulce, casi melancólica; adecuada para no espantar la caza, algunas palabritas melosas y furtivas, varios conceptillos adulatorios envueltos en suspiros, y cuando todo estaba convenientemente preparado, ¡zas! el salto que todos conocen.—«¡María, yo me muero por usted...! Perdona usted el atrevimiento... ya no puedo tener escondido por más tiempo lo que siento, etcétera, etcé.»

La vivaracha tramoyista quedó, como era de esperar, entre las patas del traspunte. Y comenzó para ambas el período de los placeres amargos, la felicidad con sobresalto; aparentando no mirarse, no se quitaban ojo; fingiendo que apenas se conocían, estaban siempre juntos; ¡el marido era tan sombrío, tan suspiroso! Necesitaban llevar á cabo prodigios de estrategia para no ser advertidos; á veces pasaban cuatro ó cinco noches sin poder decirse siquiera una palabra. Puestas en tortura la imaginación, Anteñoico ideaba las citas más estupendas y extravagantes: unas veces en el sótano, otras en el cuartel de un actor que estaba en escena; pero todas breves y agitadas, porque el tramoyista era paguejoso como recluta casado, y Anteñoico no tomaba el aspecto de tigre sino con las damas.

Una noche en que el traspunte se sentía, per el ayuno forzoso de muchos días, más enamorado que otras veces, dijo algunas palabras rápidamente al oído de María y se perdió entre los bastidores. Esta le siguió. Encontráronse en un rincón sombrío cerca del telón de boca; y el traspunte, que conocía el terreno á palmos, cogió de la mano á su querida, separó con la otra un bastidor y penetraron ambas en un recinto estrechísimo formado por telones y bastidores. Anteñoico trajo hacia sí el que había separado y quedaron completamente cerrados. Los amantes pudieron gazar breves instantes del seguro que la experiencia y habilidad del traspunte había buscado. En aquel extraño retiro nadie podía dar con ellos. ¿Nadie? Anteñoico vió de improviso, en medio de su embriaguez, que por un agujerito abierto en el telón un ojo le observaba; y su corazón de tigre dió un salto prodigioso dentro del pecho.—«¡María!—dijo con voz temerosa, imperceptible—estamos perdidos... nos están viendo... ¡silencio!... ¡quieres salir tú primero!» La animosa tramoyista corrió bruscamente el bastidor y se arrojó fuera: no había nadie. Anteñoico salió detrás con el semblante pintado de intensa palidez. Su primer cuidado fué buscar por todas partes al tramoyista: encontráronle sumamente preocupado porque la chimenea de mármol que debía aparecer en el acto tercero había sido rotta al trasladarla; tanto que no reparó en su mujer al acercarse.

—¿Lo ves, hombre—dijo María á Anteñoico—cómo eres un gallina? A tí el miedo te hace ver visiones.

Transcurrieron bastantes días. Las relaciones de nuestros héroes segían la misma marcha dulce y borrascosa á la par; sobresaltos, temores, ansias, vacilaciones sin cuento; regalos, vivos celos instantes de dicha, con todo. Tal es el lote de la pasión criminal. María había olvidado enteramente el episodio del agujero en el bastidor; Anteñoico seguía todavía algunas veces con aquel ojo fantástico, escrutador, y despertaba despa-



vorida; poco á poco se fué convenciendo de que había sido una ilusión del miedo, y el miedo abrió paso á la confianza. Una noche el tramoyista le habló de esta manera: —Oye, Antefico; ¿sabes que el tercer telón, el de las columnas, debía colocarse más atrás?... —¿Pues? —No hay perspectiva. —Si la hay... y además tropezaría casi con el lago. —El lago también puede cerrarse un poco. —No hay sitio. —Tenemos todavía metro y medio. —¿Qué hemos de tener, hombre! ¿Lo has medido? —Sí, he medido; ¿tienes tú ahí el metro...? Pues ven a verlo y te convencerás.

El tramoyista emprendió la marcha y Antefico le siguió; subieron por la estrecha y frágil escalera que conduce á las bambalinas. Cuando estaban á la mitad de la altura, el tramoyista volvió la cabeza y sus ojos se encontraron con los del transporte. ¿Qué había de particular en aquella mirada? ¿Por qué empalmea el rostro de Antefico? ¿Por qué se le doblan las piernas? Vaciló un instante entre seguir y retroceder; la barretina colorada se detiene y se agita presa de mortal incertidumbre. El tramoyista exclama: —¡Diable de escalera! ¡La sube setenta veces al día y no acabo de acostumbrarme... Me moriré del pecho, Antefico, me moriré del pecho. El transporte se siente fortalecido y sigue su camino.

IV

Aquella noche se representaba un drama histórico, accaduto en tiempo de los godos. El primer galán era un mozo muy simpático, rebosando de entusiasmo y de decimas calderonianas. La primera dama gustaba una túnica muy larga y comenzaba á llorar desde que subían el telón. El barba hacia de rey y debía morir al fin del acto tercero á manos del mozo de las decimas; buena voz, potente y cavernosa como convenia á un rey visigodo.

El público aguardaba con impaciencia la catástrofe; cuando le parecía bien, bostezaba; cuando le creía necesario, sacaba *La Correspondencia de España* y leía. Había muchas personas que llegaban á desear que el barba cayese pronto bañado en su sangre para escapar á casa y meterse en la cama.

En el acto segundo había un monólogo del rey, de inusitadas dimensiones. El público ya tenía entre pecho y espalda petenta y cinco encendidos de este monólogo y se dispensa á recibir con resignación otra partecita no menos cracida, cuando de pronto...

—¿Qué ha pasado... qué sucede? ¿Por qué se levanta el público? ¿Por qué se levanta la escena de gente?

Un bufo, un hombre, acaba de caer de las bambalinas sobre el escenario con espantoso estruendo. Un grupo de gente lo rodea en seguida. El público aterrado se agita y se alborota; quiere saber lo que ha pasado. Al fin uno de los actores se destaca del grupo y dice en voz alta: «que el transporte Antonio García, caminando por los telares del teatro, había tenido la desgracia de caerse».

—¿Pero está muerto...? ¿está muerto? —preguntan varias voces.

El actor hace con la cabeza señal afirmativa.

Armando Palacio Valdés

BODA DE GÓMEZ CARRILLO

Nuestro querido compañero el notable cronista Enrique Gómez Carrillo, redactor de EL LIBERAL en París, acaba de contraer matrimonio con la bella y distinguida señorita americana Aurora Cáceres,

hija del expresidente de República del Perú, general Cáceres. La boda se ha celebrado en París en la iglesia de Saint-Philippe du Roule. Han sido testigos por parte del novio el insigne novelista Mr. Victor Marguerite, presidente de la Sociedad de escritores de París, y Mr. Jean de Mitty, director de *Le Cys*, y por parte de la novia su padre y el ministro del Perú en París, señor Candamo.

El alcalde, Mr. Dougnon, pronunció un discurso en elogio de Gómez Carrillo como literato y como periodista. Los recién casados marcharon á Italia en automóvil. Desearnos á nuestro compañero y á su bella-espasa mil felicidades.

Alicante

Sociedades artísticas. Regresaron ayer de Madrid y Oran, respectivamente, la sociedad artística «La Wagneriana» y la banda de Echa «Blanco y Negro».

Amas de casa regresan muy satisfechas de los lauros conseguidos, y á las enhorabuñas recibidas, unimos muy gustosos la nuestra.

Escuadra inglesa. Continúa todo el día fondeada en bahía la escuadra inglesa del Mediterráneo.

Esta mañana han oído misa en la Colegiata de San Nicolás ochocientos marineros católicos de la escuadra.

La misa ha sido celebrada por un sacerdote inglés, y el acto se ha distinguido por su austeridad, sencillez y religiosidad.

El Ayuntamiento proyecta invitar á los generales, jefes y oficiales de la escuadra á un banquete, que tendrá lugar en el salón de sesiones de las Casas Consistoriales. Al banquete asistirán también las autoridades superiores de la provincia, el presidente de la Diputación provincial y otras representaciones.

Anoche, en honor de los marinos ingleses, tuvo lugar una animada verbena en la Explanada. La banda del regimiento de la Princesa ejecutó entre grandes aplausos el himno inglés, y entre otras difíciles piezas de concierto, un «petrucci» de aires nacionales, que fué muy celebrado.

El nuevo cuartel. Han sido reanudadas las obras del nuevo cuartel que se está construyendo en el barrio de Benatúa.

Exámenes. Terminarán en toda esta semana en la Escuela Superior de Comercio y en las dos Normales les de los alumnos no oficiales y ejercicio de reválida. En el Instituto continuarán durante unos días más.

10 Junio

VIDA RELIGIOSA

VELA Y ACUMBERADO. —Día 11, en San Antonio, por D. Manuel Estéfano Ruiz. Mañana en la misma iglesia.

SANTOS. —Día 11, San Barnabé apóstol, San Felix y San Fortunato, mártires, y San Zacarías.

EL CORAZÓN DE JESUS. —En San Nicolás, por la mañana á las siete de la mañana el ejercicio del mes del Corazón de Jesús, celebrándose todos los días á la misma hora, excepto los festivos que será por la tarde á las cuatro.

Se aplicarán estos cultos en la forma siguiente: Martes 12, D.ª Carlota Cánovas, en su fragio de su hermano D. Antonio Cánovas y otros y demás difuntos de su familia.

Miércoles 13, D.ª Josefa Pascual Suñer en sufragio de su esposo D. Antonio Campuzano Ponce y demás difuntos.

Jueves 14, D.ª Carmen Mateos, en su fragio de su difunto padre D. José Mateos Iniesta.

Viernes 15, D.ª Carmen Benavente, en sufragio de sus difuntos.

Sábado 16, Excmo. Sra. Marquesa de

Salinas, en sufragio del excelentísimo señor D. Rafael de Bustos y Castilla, marqués que fué de Corvera.

Domingo 17, Excmo. Sres. Condes de Falcón, en sufragio de D. Carlos Cañaveras.

—En la Merced, por la mañana á las seis y por la tarde á las siete y media.

—En San Pedro, por la mañana á las seis y media.

—En San Bartolomé, por la mañana á las siete y media y por la tarde á las siete y media.

—En Santo Domingo, por la mañana á las siete y media.

—En Santa Ana, por la mañana á las seis y media.

—En San Miguel, por la tarde á las siete y media.

—En Santa Catalina por la noche al toque de oraciones.

—En San Andrés, por la tarde á las seis.

NOVENAS DE SAN ANTONIO. —En la iglesia de su nombre, por la mañana á las diez y por la tarde á las cinco y media.

—En la Catedral, por la mañana á las diez y por la tarde á las cinco.

—En Santo Domingo, por la mañana á las ocho y por la tarde á las siete.

—En las Verónicas, por la noche al toque de oraciones.

—En Santa Catalina, por la mañana á las siete.

—En la Purísima, por la mañana á las siete y por la tarde á la misma hora.

—En San Andrés, por la tarde á las seis.

—En San Lorenzo, por la noche al toque de oraciones.

—En San Nicolás, por la tarde á las seis; los días festivos á las cuatro.

Se aplicarán en la forma siguiente: Día 10 por D.ª Engracia Cereales, en sufragio de sus padres.

Día 11, por D.ª Luisa Alarcón, por sus difuntos.

Día 12, por D.ª Clara Pérez de Falcón, por sus difuntos.

Día 13, por D.ª Resala Barauve, por sus difuntos.

Día 14, por D.ª María Pérez, en sufragio de D. Antonio Cánovas Coata.

Día 15, D.ª Carmen Mateos, por su padre D. José Mateos Iniesta.

Día 16, por los excelentísimos señores condes de Falcón, por D. Carlos Cañaveras.

17, por la excelentísima señora marquesa de Salinas en el excelentísimo señor D. Antonio Riquelme.

NOTICIAS DE TOTANA

Mejoras. Por fin fueron aprobadas las Ordenanzas municipales y en su consecuencia establecida la guardia rural y aumentada la policía urbana, mejoras que eran de absoluta necesidad y que el pueblo tiene que agradecer á la iniciativa del celoso alcalde D. Ramón Musso.

Inspector de policía. El día primero tomó posesión del cargo el nuevo inspector de policía D. Bas Serrano, siendo de aprobación general su nomenclatura, por reunir condiciones especiales para el buen desempeño de dicho cargo.

Entierro. C n gran acompañamiento de todas las clases sociales se verificó el entierro de D.ª Mercedes Cornella, madre del doctor D. José Martínez Cornella.

Tanto á éste como á la d-más familia damos nuestro sentido pésame.

Enfermo. Se encuentra enfermo de alguna gravedad D. Juan Bautista Navarro, juez municipal.

El juzgado. Por encontrarse ausente con licencia el señor juez de primera instancia y enfermo el juez municipal, queda encargado del juzgado de Instrucción D. José Cayuela, juez suplente.

Teatro. Sagun noticias fidedgnas, la temporada teatral se inaugurará el miércoles próximo con el debut de una compañía de zarzuela de género chico.

Si es buena y trae buen repertorio, le auguro una buena temporada.

D. Justo Aznar. Se encuentra completamente restablecido de la dolencia que le aquejaba el senador D. Justo Aznar, á quien por tal motivo felicitamos.

9 Junio

DESBE CRIBUELA

MUERTO DE UNA CAIDA

(POR TELEGRAMA) Cribuela 10 (11 45 m) Ha ingresado en este hospital el cadáver del joven labrador Emilio Norte Rodríguez.

Este joven cayó de una yegua que montaba en el camino de Benatú, siendo el golpe tan terrible que falleció á consecuencia de él.

NIÑA AHOGADA

En la acequia de la Puerta de Murcia ha perecido ahogada la niña Carmen Fernández Valero, de un año de edad.

REVISTA DE MERCADOS

La última semana

Trigos. La firmeza, y aun el alza, es la característica de la semana en los mercados productores de la Península. Los mercados han quedado desiertos por la anterior baja de los precios, no queriendo vender nadie aunque la perspectiva de la cosecha y las cuestiones arancelarias constituyen una amenaza. Ante esta situación, los compradores se han visto obligados á pagar en muchos casos mayores precios.

Los aceites se han echado encima haciéndose pasar rápidamente del invierno al verano, seguramente hacia falta el buen tiempo para el campo, mas ahora parece que la temperatura es demasiado elevada para la buena marcha del cultivo. Los cambios y lluvias últimas se han superado por los excesivos calores que han llegado á tiempo sin duda, de prevenir tan malos efectos que no vienen acompañados de piedra.

Renta el presente la perspectiva de la cosecha es sin embargo, magnífica. Las noticias de las regiones del Mediodía, la Mancha y Extremadura son muy satisfactorias; la cosecha es muy grande especialmente en granos de pino. En Castilla, las impresiones son buenas, y aunque los hielos en hehe dañe creese que el resultado final habrá de satisfacer á la generalidad.

En Barcelona se ha afirmado la cotización de los trigos y aunque nada justifica esta firmeza, ello es que ha continuado con motivo de una manifiesta contracción de las ofertas vendedoras. Este retraimiento de los almacenistas de Castilla es considerado en el mercado catalán como consecuencia de la esterilidad de los esfuerzos hechos hasta ahora para interesar al comprador, lo que es lo mismo, que escaseen las ofertas por lo inútil que se cree el almacenar.

Abunda tanto el trigo almacenado y es tan evidente una reducción de los precios actuales cuando empiezo á ofrecerse la nueva cosecha que no es posible hacer otra cosa. Por otra parte, el deseo de la molinería de aligerarse de trigos establece una competencia de precios en los de las harinas por extremo ruinosas porque el consumo prevé mayores rebajas y no multiplica sus órdenes.

En Villada (Palencia) la cotización ha sido de 33 50 reales fanega con tendencia sostenida. La situación de los campos es superior.

En Fernán-Caballero (Ciudad Real), los candeleros cotizan 12 pesetas fanega, concertándose pocas operaciones; cebada, á 6 pesetas con tendencia á la baja. Los grandes calores de principios del mes han corrido las esbadas, por lo que se cree que habrá una sexta parte menos de fanegas de las que se esperaban.

Los mercados extranjeros se presentan firmes, si bien el principal de todos, Chicago, cotiza con gran baja por noticias

de las más favorables de la próxima cosecha.

Las perspectivas siguen siendo satisfactorias en Inglaterra; el trigo, la cebada y la avena solo dan motivo á algunas quejas locales. En Alemania el aspecto de los campos ha mejorado. En Austria Hungría se muestran ahora más ó menos satisfechos del estado del cultivo que hace algunas semanas, aunque en Bohemia se nota un buen número de sembrados de trigos con grandes claras. Las noticias de Italia dejan mucho que desear por las excesivas lluvias que han caído. En Rumania, e intuyen buenas perspectivas aunque se lamentan por exceso de humedad. En Rusia, los gobiernos del Centro han sufrido mucho con la sequía. En los Estados Unidos las noticias son mejores á causa de las lluvias que acaban de caer; pero han desaparecido las espléndidas promesas entrevistas en un principio.

Maíz. No se registra alteración en Barcelona. La venta ha sido muy seguida en Santander á los precios consignados en nuestra revista anterior.

En Nueva York se ha cotizado el disponible á 12 10 francos los 100 kilos. En Chicago á 10 30.

Arceces. Barcelona cotiza lo mismo que la semana pasada. Igual sucede en Santander.

De este artículo no hay que decir más en este punto sino que los mercados de Levante han variado notablemente de tendencia en estos últimos días, inclinándose á la baja.

Garbanzos. Continúa dominando en Barcelona la flojedad en la cotización de todas las clases. Detállanse: Smirna de 45 á 47; Trípoli, á 49; Levante á 48; Alfarnates á 95; apasiales á 70; Sanos de 118 á 160; todo por pesetas los 100 kilos.

Las existencias disminuyen rápidamente en Santander desechos los almacenistas de liquidar la campaña para emprender en breve plazo la que va á abrirse con la introducción de la nueva cosecha marplatense, que se dice que es de superior calidad. Los precios son los mismos que en la semana anterior.

En Alba de Tormes (Salamanca) se han cotizado desde 80 á 160 reales fanega según tamaño.

En Villada (Palencia) los garbanzos finos valen á 250 reales fanega; idem á 120; idem á 130 y 160; duros, á 120.

En Peñaranda (Salamanca) se ha vendido muy poco de este artículo. Los labradores se quejan del daño que le han causado al campo los fuertes calores últimos.

En Lerma (Burgos), los garbanzos duros se han pagado á 150 reales fanega.

Papas. Quedan por vender bastantes miles de arrobas en Fernán Caballero (Ciudad Real), aunque el precio es de 40 céntimos arroba, porque ya hay nuevas. La pérdida en este negocio ha sido enorme.

En Valdearacosta (Madrid) la cotización ha sido de 4 reales arroba.

En Torrijos (Toledo) ha regido el precio de 4 reales arroba.

En San Esteban de Litera, patatas nuevas á 2 pesetas arroba.

En Albaladea se cotizan á 1 50.

Vinos y alcoholes. Los mercados nacionales del primero de estos productos siguen estacionados, y las cotizaciones flojeadas. En cuanto al segundo, las cosas no han variado desde nuestra revista anterior.

La situación y los precios son en Barcelona los mismos que durante la semana pasada.

El precio general de los vinos en Fernán-Caballero (Ciudad Real) y pueblos comarcanos es de 3 pesetas á 3 50, con 15 y 16 grados.

En Valdearacosta (Madrid) existen 1 000 cántaros de vino, valiendo á 3 50 pesetas los 18 litros.

El Vilella Baja (Tarragona), el vino luto vale á 20 pesetas carga de 121 60 litros, realizándose las existencias que son la principal riqueza de este país (Priorato) de una manera lenta. También hay algunas partidas de vinos blancos, cuyo precio oscila entre 50 y 100 pesetas.

En Ciudad Rodrigo (Salamanca) el vino tinto se ha cotizado, de 4 á 25 pesetas cántaro de 16 litros; blanco á 5; aguardiente de 94, á 28; anisado de 40, á 12.

Los negocios han estado muy leños en Francia, de tener la importancia que deberían mostrar por este tiempo del año en que el consumo es muy activo. Seguramente el hecho se debe al disentimiento entre los cosecheros y el comercio; los primeros que observan una evolución irregular de las vides se muestran más bien inclinados á aumentar sus pretensiones; los negociantes, que están convencidos de que se negarán sus clientes á pagar un aumento por pequeño que sea, hacen todos los esfuerzos posibles para obtener concesiones.

Los vinos españoles en Cete cotizan: Alicante, de 13 á 15; de 28 á 30 francos hectolitro; idem 12 á 13; de 25 á 27; Utiel (tipo Aragón) 12; de 23 á 25; Valencia 13 á 14; de 25 á 27; idem 12; de 23 á 24; Vinareo, 12; de 23 á 24; Moscatel (9 á 10 litor) 15; de 46 á 48; Jerez y Málaga ordinarios y superiores, de 50 á 250.

Acetates. La firmeza y aun el alza se han generalizado á todos los mercados nacionales; la escasez de existencias, ya irremediable hasta la recolección próxima, continuará determinando alza en los precios, y si éstos llegan al límite que la demanda puede admitir, continuarán estacionados.

En Castro del Rio (Córdoba) se ha cotizado á 46 reales arroba. No se registra variación de precios en Barcelona.

También siguen en Santander los mismos de la semana anterior.

En Sevilla la entrada total en los primeros días del mes ha sido de 3 000 arrobas vendiéndose entre 47 y 54 reales arroba. Ha habido animación en las entradas; por calma en los pedidos.

En Vilella Baja (Tarragona) se ha vendido á 18 50 pesetas cántaro con pocas existencias por la mucha acuciosa vendida anteriormente.

Se han hecho buenas operaciones en Morón de la Frontera, habiéndose salido para Sevilla de 2 800 á 3 000 arrobas y para los puertos de Cadiz otras 2 000, que se han cotizado á 45 y 46 reales una.

En Albaladea hay algunas existencias, pagándose á 43 reales arroba.

En Valdearacosta (Madrid) hay de venta 4 000 arrobas al precio de 11 pesetas los 11 1/2 kilos.

En Cete y Marsella se han cotizado: extrafino, de 115 á 120 francos los 100 kilos; superfino, de 105 á 110; Aragón, de 130 á 135.

Carneles. Sin nuevos arribos en Barcelona, los precios siguen los mismos que en semanas anteriores.

En Santander, la demanda tiende á aumentar á medida que avanza la estación.

Carnes y ganados. En general la situación ha sido la misma que en la semana anterior.

Durante las fiestas el consumo de carnes no ha aumentado en Madrid, más bien ha disminuido, siendo la causa de tan extraño fenómeno los grandes envíos de pescados que se han hecho y el precio baratísimo á que se han expandido.

Azafrán. En Albaladea se cotiza azafrán puro á 140 reales libra.

En Corral Rubio (Albacete) preténdese por el azafrán puro 38 pesetas libra de 480 gramos. Hay de venta 200 libras.

En Valencia escasean operaciones y flojeados los precios, que cierran como sigue: superior á 127 reales libra; superior corriente, á 130; Tobarra á 118; viejo superior, á 118; viejo superior corriente, á 110. La libra es de 355 gramos.

Azúcares. No ofrece variación alguna esta artículo en Barcelona, comprando los almacenistas sólo para surtir el mercado.

En Santander sucede lo mismo, comentándose en la plaza las noticias contradictorias que circulan respecto á una inteligencia entre los diversos productores.

FOLLETTIN DE EL LIBERAL

VIZCONDE PONSON DU TERRAIL

PARIS MISTERIOSO

Los Espadachines de la Opera

—¡Ah, sí! —respondió Marta levantando los ojos al cielo con la muda elocuencia de la desesperación.

—¡Pobre hermana mía! —repuso Camila con acento de brio.—Tus sueños constituyen un imposible; tu amado es un pobre teniente, sin nombre y sin fortuna; jamás nuestro padre consentiría en vuestro enlace. Se moriría de dolor.

—¡Cuán grande es mi desgracia! —repuso Marta con voz ahogada.—¿Acaso no es un joven bravo, digno y lleno de noble ambición?

—No fantasees, hermana mía; nuestro padre desea para nosotros un marido de brillante porvenir. Quiere casarnos con un hombre que ostente títulos de nobleza... Que sea muy rico...

Marta nada respondió; lloraba en silencio. Cuando sus abstracciones estaban en su dolor, se presentaba un estado, anunciándole que su señor padre regirieron al criado y, á través del parque, se diri-

gieron al castillo. Marta con violenta emoción; Camila sufriendo por el dolor de su hermana.

Ayudaba á sus hijas el barón en un sañonillo de verano, situado en la planta baja del edificio.

Era el señor de Chastenay un anciano de setenta años, bastante bien conservado y de expresión simpática y leal.

Cuando sus hijas penetraron en el salón, acababa el señor de Chastenay de recoger con la vista las líneas de un periódico que le había sido entregado por el cartero, en unión de una carta que procedía de Coulanges.

—Hija mía —dijo besando á Marta en la frente— tú serás hoy mi preferida; sídate á mi lado... Ahí, en ese sillón.

Y hablando así, el barón sonreía á Camila como queriendo desmentir las palabras que había prestado. Marta tomó asiento, y el anciano, estrechándole la mano, agregó, con ese tono dulce y mimado peculiar de los padres que aman entrañablemente á sus hijos:

—No ignoras, hija mía, que ya has cumplido dieciocho años.

—No lo ignoro, padre mío —contestó Marta estremeciéndose.

—Pues bien, hija mía, tanto tú como tu hermana, comprenderéis que no habéis de permanecer solteras eternamente.

Una palidez mortal cubrió el rostro de Marta.

—Pero —continuó el anciano —pareciédomelo á los avrus que se ven forzados á entregar su tesoro, trato de retenerlo en mi poder el mayor tiempo posible, y sólo me desprenderé de él á medias.

Marta desechaba con la vista fija en el suelo.

—Solo des parlar, hija mía, y es barto que no se desprenda de ellas á la vez. La perla que me reservo es Camila.

—¿Acaso debo yo abandonaros, padre mío? —interrogó Marta estremeciéndose.

—Sí, hija mía —respondió el barón.—El hombre que ha de ser tu marido llegará esta tarde.

—¿Mi marido?

—Sí; se trata de mi amigo el general barón de Rivigny, su familia y la nuestra siempre estuvieron unidas por estrechos lazos de amistad.

Marta palideció. El viejo barón no pareció observar la emoción de que era presa su hija.

A pesar de esto, dijo á su hija:

—Vete á tu habitación, Marta; ya sé que no se anuncia á una más pura é inocente como tú su próximo enlace sin que se estremezca y turbe, el caso no es para mozas, y comprendo que precises de algún tle apo para reflexionar. Ahora, hija mía, sólo he de advertirte que si el general no llegara á gustarte, no seré yo quien violento tu voluntad.

Marta se retiró á su habitación presa de gran congojo. El verano anterior lo había pasado en Biskois, en casa de una hermana de su padre, y desde entonces databa el secreto de su corazón. La vizcondesa de Marol, pues éste era el nombre de la hermana del barón, habitaba en un castillo situado en las cercanías de Blois, llevando en la vida de molición y apatía propia de la gente rica de provincias.

La señora de Marol tenía un hijo, el joven marqués de igual nombre, de carácter franco, leal y galanteador, lo que era causa de que gozara de generosas simpatías entre sus numerosas amigas, á los que invitaba con harta frecuencia á las cacerías que tenían lugar en los bosques.

Entre los convidados más asiduos, contábase un joven oficial, empleado de Estado Mayor, tan arregado y marcial de postura, como pobre de fortuna, sin otra herencia que las eventualidades que le depusiera la odiosa casualidad.

Vió á Marta y la amó, siendo correspondido por la joven. No por esto dejaron de comprender los esmerados jóvenes, dada su desigualdad en posición y riqueza, la realización de sus dorados sueños resultaba un imposible.

Marta poseería, el día que contrayese matrimonio, treinta mil libras de renta; el caudal del joven teniente lo constituía su espada.

Marta pertenecía al mundo aristocrático y llevaba un nombre ilustre; su amado ostentaba un nombre vulgar; llamábase Héctor Lemblin. Seguramente el padre de Marta jamás consentiría en unión tan desigual. Ante el temor de que así sucediese, juró Lemblin á su amada que partiría para Africa, y que allí ganaría honores y riquezas hasta hacerse digno de poseer su mano. Marta, á su vez, juró á Lemblin que le esperaría hasta su regreso, y jamás pertenecer á ningún otro hombre.

Conocidos casos antecedentes, fácil es adivinar la terrible emoción sufrida por Marta al comunicarle su padre el proyecto de enlace con el general. Por espacio de varias horas fué presa de un fuerte delirio, negándose á recibir hasta á su hermana, única persona que poseía su secreto. A la exaltación propia del dolor que sentía, sucedió un gran abatimiento. La desdichada joven se asemeja al reo sentenciado á muerte que aguarda con estanca resignación la hora fatal en que la justicia humana, en nombre de una falsa moral, arrebatada una existencia que no le pertenece.

En este estado se hallaba nuestra joven, cuando su hermana Camila se acercó á ella.

Marta observó en el semblante de su hermana un ligero tinte de tristeza, y advirtió que algo anormal ocurría, y se apresuró á interrogarla, tocando la cabeza con abatimiento.

—¿Querida Marta! —murmuró



CARTERA DE MURCIA

Niña herida - Ha ingresado en el hospital Isabel Hernández Rea, de 12 años de edad, de...

Exámenes de escuelas - Han dado comienzo en esta capital los exámenes en las escuelas públicas.

SOMATOSÉ

Reclamaciones de carreteras - Con arreglo al nuevo reglamento de carreteras, están obligados los carreteros...

PRESTAMOS - Victorio, 44 años y hasta tres años de plazo. A los 8 por 100 y menos en operaciones importantes.

Desgracia - José Cano Guirao, de 18 años de edad, domiciliado en el barrio de San Juan de esa capital, se puso ayer a cargar una pistola que llevaba hallándose en el vecino pueblo de la Albuera y le dio con tan poco acierto que se le disparó el arma, ocasionándose una herida leve en la mano derecha.

VIOS Y COGNACS. MARQUÉS DE MISA. JEREZ

Las aceras del puente - Las tablas de las aceras del puente viejo están muy gastadas y sería conveniente renovarlas antes de que una desgracia demuestre la necesidad de hacer una operación.

Músicos - Varios músicos de la banda de Puen- ta Teñinos se presentaron ayer en nues- tra redacción para expresarnos su dis- gusto por no haber podido tocar en la calle de Cartagena como estaba anun- ciado, á causa de la informalidad de al- gunos compañeros que no acudieron á la cita.

Carretería Segura Café especial.

Niña herida - En la Plaza de Abastos bromaban ayer mañana tres jóvenes con una pi- stola.

Las Palomas - Vinos finos: Jerez seco colorado. Málaga Blanco. C. Agudores

Boletines - El último número del Boletín de la Cámara de Comercio de Comercio, Crónica, por J. M. Torral - El Nuevo Arancel: Exposición al Excmo. Sr. Ministro de Hacienda - Misión civilizadora de España en Marruecos, por Gumeriade de Andrade - La Asamblea de las Diputa- ciones - Real orden rela iva á la repor- tación de las Cámaras en las Juntas Administrativas. - España y Africa: Es- tablecimiento de sus relaciones comer- ciales. Los alcoholeros. Notas útiles. Accidentes del trabajo. - Tres po- lístos - Un nuevo barón ro. - El comer- cio de Melilla. - El Mensajero R. íate- ro de con idades de los consumidores

De la Cámara Agrícola. - Contra los Aranceles. Exposición al Excmo. Sr. Ministro de Hacienda. - Tercer Congreso Agrícola regional en Jumilla: Con- vocatoria. - Repoblación forestal: Con- ferencias familiares (Conclusión), por Ricardo Cordoniu. - En Alhama: La enfermedad del naranjo, por Angel Mar- tinez, perito Agrícola. Los aranceles de Aduanas - Un buen sistema. - Mañana se agrícola á los soldados. - Máximas forestales de varios autores - Estación meteorológica de Murcia: Resumen de las obser- vaciones practicadas durante el mes de Abril de 1906

LA CRISIS

(POR TELÉGRAFO)

LA SOLUCIÓN

Lista aprobada. - Jura de los minis- tros. Madrid 10 (11 n.) A las nueve y media fué Moret esta mañana á Palacio. El rey aprobó la lista del nuevo minis- terio que anticipamos anoche. Hasta que se restablezca el duque de Almodóvar se encargará Moret interina- mente de la cartera de Estado.

El presidente se hizo cargo del minis- terio de la Gobernación y permaneció allí toda la mañana en previsión de que ocurriera alguna incidencia con motivo de la manifestación de hoy ante Palacio. Moret conferenció con Requejo, rogán- dole continuara en la subsecretaría. Requejo, agradeciéndolo, ha rechazado por delicadeza.

Después de la jura de los ministros se posesionó Quiroga. La posesión se la dió el subsecretario Requejo. Quiroga ha manifestado que es enemi- go de exhibiciones y programas y que se limitará á ser en su cargo una prolonga- ción de Moret, con quien está identifica- do en absoluto, añadiendo:

«Su política será la mía, sus iniciati- vas y desees constituirán mi programa y línea de conducta. «Nada he decidido sobre la subsec- retaría y demás altos cargos de Goberna- ción.»

El decreto de disolución. - Había Amós Amós Salvador paseaba hoy por la calle de Aica y dijo á varios periodistas que le preguntaban si había ó no decreto de disolución de Cortes: «Le hay, le hay; Moret dispone del fa- moso decreto y podrá publicarlo cuando le estime convenientes.»

«Su política será la mía, sus iniciati- vas y desees constituirán mi programa y línea de conducta. «Nada he decidido sobre la subsec- retaría y demás altos cargos de Goberna- ción.»

El decreto de disolución. - Había Amós Amós Salvador paseaba hoy por la calle de Aica y dijo á varios periodistas que le preguntaban si había ó no decreto de disolución de Cortes: «Le hay, le hay; Moret dispone del fa- moso decreto y podrá publicarlo cuando le estime convenientes.»

Consejo - Programa del Gobierno. Mañana se reunirá el Consejo de mi- nistros. Es probable que Moret exponga el pro- grama de este Gobierno y del partido li- beral.

Contendrá perfectamente enumeradas las reformas que proyecta Moret. Este visitará á Montero Rios, Canale- jas, Lopez Dominguez y Vega Armijo para exponerles á grandes rasgos sus proyectos.

Dimisión admitida. - Los altos car- gos. Se firmó el decreto admitiendo la dimi- sión de Garrayar y nombrando para susti- tuirle D. Natalio Rivas.

Parece que Merino ha rehusado por delicadeza el gobierno del Banco y que ha aceptado la alcaldía. En la subsecretaría de Instrucción con- tinuará Martin Rasales.

Se indica á Rodriguez de la Borbolla para subsecretario de Gobernación. Barroso se dice que continuará en la subsecretaría de Gracia y Justicia.

La nota de Maura. - Lo que dice Me- ret. Moret, hablando de la nota oficiosa que publicó anoche Maura en La Epoca, ha dicho que no cree se halle enfadado y que en la citada nota no ha hallado el disgusto que se atribuye á Maura.

Añade el Presidente, que las ideas de- ben discutirse serenamente, procurando cada cual el triunfo de las suyas, sin exa- geraciones ni apasionamientos para evi- tar que se crea que los españoles no es- tamos debidamente preparados para la vida pública.

Maura en Palacio. - Conservadores disgustados. Maura estuvo en Palacio una hora. A la salida dijo que fué á despedir al rey.

Se dice que le llamó el rey y que le manifestó su extrañeza por la puoica- ción de la nota oficiosa relativa al de- creto de disolución.

Los diputados conservadores que son palatinos se proponen realizar un acto colectivo contra la actitud de Maura por el famoso decreto.

Declaraciones de Montero Montero Rios ha declarado que nadie le ha consultado sobre el decreto de di- solución de Cortes.

Dice que con el rey no ha hablado de política desde que salió del Gobierno. Respecto á Moret dice que hace tiempo le expuso su propósito de pedir el de- creto de disolución de Cort. s y que él le manifi- stó su opinión contraria.

Dijo entonces -añadió- y repito, hoy que si el Gobierno que se forme gobierne con arreglo á los principios y doctrina del partido liberal, puede contar con mi incondicional apoyo, sin quienes quieran los hombres que lo formen y caso con- trario le combatiré.

Lo que dice Canalejas Canalejas también ha dicho que nadie le ha consultado como particular, ni co- mo presidente de Cámara acerca del de- creto de disolución.

Afirma que se ha enterado de la solu- ción de la crisis por la prensa. Añade que es verdad que el doctor Sanmartín es amigo suyo, pero que no

ha tenido ninguna intervención en su nombramiento, pues llevó Moret la nego- ciación secretamente y que cuando San- martín le preguntó anoché si podía co- municárselo á Canalejas, el presidente le rogó que no hiciera tal cosa porque de- scaba guardar absoluto secreto sobre la formación del ministerio.

«¿Quién vive? - gritó el aduanero al mismo ti- empo que se aproximaba á los recién llegados. - ¡Amigo! - respondió el caballero, y mirando fi- jamente á Martín, le dijo: - No somos contrabandistas; pedís registrar nues- tra barca, no contiene nada. - Así lo creo, mi oficial - respondió Martín. El desconocido se estremeció. - ¡Acaso habéis sido soldados? - Sí, señor, de artillería. - Pues bien - continuó el desconocido - lo habéis adivinado soy un oficial. Ahora, decidme: ¿Si yo os suplicase que me hicieris un favor que en nada ha- de comprometeros, lo haríais? - Si el servicio que de mí deseáis, no me obliga á abandonar mi puesto... - Nada de eso, amigo mío. - Siendo así, estoy á vuestras órdenes, mi ofi- cial. El desconocido se llevó á Martín á algunos pasos de distancia del pescador y le dijo en voz baja: - ¿A quién pertenece ese castillo? - Al general barón de Ruvigny. - ¿Está él ahí? - No; el general está en París. - ¿Y... la baronesa...? - preguntó el oficial con voz alterada. - La baronesa está en Ruvigny. - ¿La conocéis? - Sí, la conozco - murmuró el aduanero. - ¡Ah, pobre señoral Es la bienhechora de mis hijos. - Pues bien - replicó el oficial - precis, amigo mío, que nos prestéis un gran servicio á ella... y á mí. - ¿A ella? ¡Oul, hablád. ¿Qué es lo que deseáis, mi oficial? - Que le entreguéis esta carta.

baronesa que tenía varios hijos, y que la escasez de sueldo no le permitía mantener debidamente á su numerosa familia. Compadecida la joven le entregó dos monedas de oro; y al día siguiente le realizó vestidos para sus hijos, con orden para la madre de que podía penetrar en el castillo y llegar hasta ella siempre que lo dese- arse, cosa que ocurrió varias veces y todas ellas con gran provecho para la mujer del aduanero, siendo esta causa de que aquel agradecido matrimonio sintiese una profunda veneración por la baronesa. Una noche Martín, pues este era el nombre del aduanero, estaba, como de costumbre, en su garita, desde la que dirigía escudriñadora miradas al mar. Esto tenía lugar á fines de Noviembre. Esposos nub- aronesas cubrían el firmamento, el frío era intenso y el Océano presentaba ese color plomizo que tanto en- tristece el ánimo del que lo contempla. Un fuerte viento del Oeste sopaba con violencia, lo que hacía que las encrespadas olas vieran á estrellarse con ruido ensordecedor contra las rocas. De pronto le pareció al aduanero distinguir en la oscuridad del mar una pequeña embarcación que, á fuerza de remos, se dirigía hacia las rocas. ¿A qué pertenecía aquella barca? ¿Eran pescadores ó con- trabandistas? Tomó su fasil y descendió hasta el borde de un peñasco, á tiempo que la barca atracaba. En- tonces pasó ver que eran dos hombres los que la tri- puabán. Martín reconoció á uno de ellos; un pescador de Fécamp que pasaba por ser el marino más audaz de toda la costa. El otro era un caballero que represen- taba tener treinta años. Iba envuelto en una larga capa, con el rostro me- die oculto por las anchas alas del sombrero; su apen- tra y aire marcial acusaban en él al militar de pro- fesión.

«¿Quién vive? - gritó el aduanero al mismo ti- empo que se aproximaba á los recién llegados. - ¡Amigo! - respondió el caballero, y mirando fi- jamente á Martín, le dijo: - No somos contrabandistas; pedís registrar nues- tra barca, no contiene nada. - Así lo creo, mi oficial - respondió Martín. El desconocido se estremeció. - ¡Acaso habéis sido soldados? - Sí, señor, de artillería. - Pues bien - continuó el desconocido - lo habéis adivinado soy un oficial. Ahora, decidme: ¿Si yo os suplicase que me hicieris un favor que en nada ha- de comprometeros, lo haríais? - Si el servicio que de mí deseáis, no me obliga á abandonar mi puesto... - Nada de eso, amigo mío. - Siendo así, estoy á vuestras órdenes, mi ofi- cial. El desconocido se llevó á Martín á algunos pasos de distancia del pescador y le dijo en voz baja: - ¿A quién pertenece ese castillo? - Al general barón de Ruvigny. - ¿Está él ahí? - No; el general está en París. - ¿Y... la baronesa...? - preguntó el oficial con voz alterada. - La baronesa está en Ruvigny. - ¿La conocéis? - Sí, la conozco - murmuró el aduanero. - ¡Ah, pobre señoral Es la bienhechora de mis hijos. - Pues bien - replicó el oficial - precis, amigo mío, que nos prestéis un gran servicio á ella... y á mí. - ¿A ella? ¡Oul, hablád. ¿Qué es lo que deseáis, mi oficial? - Que le entreguéis esta carta.

«¿Quién vive? - gritó el aduanero al mismo ti- empo que se aproximaba á los recién llegados. - ¡Amigo! - respondió el caballero, y mirando fi- jamente á Martín, le dijo: - No somos contrabandistas; pedís registrar nues- tra barca, no contiene nada. - Así lo creo, mi oficial - respondió Martín. El desconocido se estremeció. - ¡Acaso habéis sido soldados? - Sí, señor, de artillería. - Pues bien - continuó el desconocido - lo habéis adivinado soy un oficial. Ahora, decidme: ¿Si yo os suplicase que me hicieris un favor que en nada ha- de comprometeros, lo haríais? - Si el servicio que de mí deseáis, no me obliga á abandonar mi puesto... - Nada de eso, amigo mío. - Siendo así, estoy á vuestras órdenes, mi ofi- cial. El desconocido se llevó á Martín á algunos pasos de distancia del pescador y le dijo en voz baja: - ¿A quién pertenece ese castillo? - Al general barón de Ruvigny. - ¿Está él ahí? - No; el general está en París. - ¿Y... la baronesa...? - preguntó el oficial con voz alterada. - La baronesa está en Ruvigny. - ¿La conocéis? - Sí, la conozco - murmuró el aduanero. - ¡Ah, pobre señoral Es la bienhechora de mis hijos. - Pues bien - replicó el oficial - precis, amigo mío, que nos prestéis un gran servicio á ella... y á mí. - ¿A ella? ¡Oul, hablád. ¿Qué es lo que deseáis, mi oficial? - Que le entreguéis esta carta.

«¿Quién vive? - gritó el aduanero al mismo ti- empo que se aproximaba á los recién llegados. - ¡Amigo! - respondió el caballero, y mirando fi- jamente á Martín, le dijo: - No somos contrabandistas; pedís registrar nues- tra barca, no contiene nada. - Así lo creo, mi oficial - respondió Martín. El desconocido se estremeció. - ¡Acaso habéis sido soldados? - Sí, señor, de artillería. - Pues bien - continuó el desconocido - lo habéis adivinado soy un oficial. Ahora, decidme: ¿Si yo os suplicase que me hicieris un favor que en nada ha- de comprometeros, lo haríais? - Si el servicio que de mí deseáis, no me obliga á abandonar mi puesto... - Nada de eso, amigo mío. - Siendo así, estoy á vuestras órdenes, mi ofi- cial. El desconocido se llevó á Martín á algunos pasos de distancia del pescador y le dijo en voz baja: - ¿A quién pertenece ese castillo? - Al general barón de Ruvigny. - ¿Está él ahí? - No; el general está en París. - ¿Y... la baronesa...? - preguntó el oficial con voz alterada. - La baronesa está en Ruvigny. - ¿La conocéis? - Sí, la conozco - murmuró el aduanero. - ¡Ah, pobre señoral Es la bienhechora de mis hijos. - Pues bien - replicó el oficial - precis, amigo mío, que nos prestéis un gran servicio á ella... y á mí. - ¿A ella? ¡Oul, hablád. ¿Qué es lo que deseáis, mi oficial? - Que le entreguéis esta carta.

«¿Quién vive? - gritó el aduanero al mismo ti- empo que se aproximaba á los recién llegados. - ¡Amigo! - respondió el caballero, y mirando fi- jamente á Martín, le dijo: - No somos contrabandistas; pedís registrar nues- tra barca, no contiene nada. - Así lo creo, mi oficial - respondió Martín. El desconocido se estremeció. - ¡Acaso habéis sido soldados? - Sí, señor, de artillería. - Pues bien - continuó el desconocido - lo habéis adivinado soy un oficial. Ahora, decidme: ¿Si yo os suplicase que me hicieris un favor que en nada ha- de comprometeros, lo haríais? - Si el servicio que de mí deseáis, no me obliga á abandonar mi puesto... - Nada de eso, amigo mío. - Siendo así, estoy á vuestras órdenes, mi ofi- cial. El desconocido se llevó á Martín á algunos pasos de distancia del pescador y le dijo en voz baja: - ¿A quién pertenece ese castillo? - Al general barón de Ruvigny. - ¿Está él ahí? - No; el general está en París. - ¿Y... la baronesa...? - preguntó el oficial con voz alterada. - La baronesa está en Ruvigny. - ¿La conocéis? - Sí, la conozco - murmuró el aduanero. - ¡Ah, pobre señoral Es la bienhechora de mis hijos. - Pues bien - replicó el oficial - precis, amigo mío, que nos prestéis un gran servicio á ella... y á mí. - ¿A ella? ¡Oul, hablád. ¿Qué es lo que deseáis, mi oficial? - Que le entreguéis esta carta.

«¿Quién vive? - gritó el aduanero al mismo ti- empo que se aproximaba á los recién llegados. - ¡Amigo! - respondió el caballero, y mirando fi- jamente á Martín, le dijo: - No somos contrabandistas; pedís registrar nues- tra barca, no contiene nada. - Así lo creo, mi oficial - respondió Martín. El desconocido se estremeció. - ¡Acaso habéis sido soldados? - Sí, señor, de artillería. - Pues bien - continuó el desconocido - lo habéis adivinado soy un oficial. Ahora, decidme: ¿Si yo os suplicase que me hicieris un favor que en nada ha- de comprometeros, lo haríais? - Si el servicio que de mí deseáis, no me obliga á abandonar mi puesto... - Nada de eso, amigo mío. - Siendo así, estoy á vuestras órdenes, mi ofi- cial. El desconocido se llevó á Martín á algunos pasos de distancia del pescador y le dijo en voz baja: - ¿A quién pertenece ese castillo? - Al general barón de Ruvigny. - ¿Está él ahí? - No; el general está en París. - ¿Y... la baronesa...? - preguntó el oficial con voz alterada. - La baronesa está en Ruvigny. - ¿La conocéis? - Sí, la conozco - murmuró el aduanero. - ¡Ah, pobre señoral Es la bienhechora de mis hijos. - Pues bien - replicó el oficial - precis, amigo mío, que nos prestéis un gran servicio á ella... y á mí. - ¿A ella? ¡Oul, hablád. ¿Qué es lo que deseáis, mi oficial? - Que le entreguéis esta carta.

«¿Quién vive? - gritó el aduanero al mismo ti- empo que se aproximaba á los recién llegados. - ¡Amigo! - respondió el caballero, y mirando fi- jamente á Martín, le dijo: - No somos contrabandistas; pedís registrar nues- tra barca, no contiene nada. - Así lo creo, mi oficial - respondió Martín. El desconocido se estremeció. - ¡Acaso habéis sido soldados? - Sí, señor, de artillería. - Pues bien - continuó el desconocido - lo habéis adivinado soy un oficial. Ahora, decidme: ¿Si yo os suplicase que me hicieris un favor que en nada ha- de comprometeros, lo haríais? - Si el servicio que de mí deseáis, no me obliga á abandonar mi puesto... - Nada de eso, amigo mío. - Siendo así, estoy á vuestras órdenes, mi ofi- cial. El desconocido se llevó á Martín á algunos pasos de distancia del pescador y le dijo en voz baja: - ¿A quién pertenece ese castillo? - Al general barón de Ruvigny. - ¿Está él ahí? - No; el general está en París. - ¿Y... la baronesa...? - preguntó el oficial con voz alterada. - La baronesa está en Ruvigny. - ¿La conocéis? - Sí, la conozco - murmuró el aduanero. - ¡Ah, pobre señoral Es la bienhechora de mis hijos. - Pues bien - replicó el oficial - precis, amigo mío, que nos prestéis un gran servicio á ella... y á mí. - ¿A ella? ¡Oul, hablád. ¿Qué es lo que deseáis, mi oficial? - Que le entreguéis esta carta.

«¿Quién vive? - gritó el aduanero al mismo ti- empo que se aproximaba á los recién llegados. - ¡Amigo! - respondió el caballero, y mirando fi- jamente á Martín, le dijo: - No somos contrabandistas; pedís registrar nues- tra barca, no contiene nada. - Así lo creo, mi oficial - respondió Martín. El desconocido se estremeció. - ¡Acaso habéis sido soldados? - Sí, señor, de artillería. - Pues bien - continuó el desconocido - lo habéis adivinado soy un oficial. Ahora, decidme: ¿Si yo os suplicase que me hicieris un favor que en nada ha- de comprometeros, lo haríais? - Si el servicio que de mí deseáis, no me obliga á abandonar mi puesto... - Nada de eso, amigo mío. - Siendo así, estoy á vuestras órdenes, mi ofi- cial. El desconocido se llevó á Martín á algunos pasos de distancia del pescador y le dijo en voz baja: - ¿A quién pertenece ese castillo? - Al general barón de Ruvigny. - ¿Está él ahí? - No; el general está en París. - ¿Y... la baronesa...? - preguntó el oficial con voz alterada. - La baronesa está en Ruvigny. - ¿La conocéis? - Sí, la conozco - murmuró el aduanero. - ¡Ah, pobre señoral Es la bienhechora de mis hijos. - Pues bien - replicó el oficial - precis, amigo mío, que nos prestéis un gran servicio á ella... y á mí. - ¿A ella? ¡Oul, hablád. ¿Qué es lo que deseáis, mi oficial? - Que le entreguéis esta carta.

«¿Quién vive? - gritó el aduanero al mismo ti- empo que se aproximaba á los recién llegados. - ¡Amigo! - respondió el caballero, y mirando fi- jamente á Martín, le dijo: - No somos contrabandistas; pedís registrar nues- tra barca, no contiene nada. - Así lo creo, mi oficial - respondió Martín. El desconocido se estremeció. - ¡Acaso habéis sido soldados? - Sí, señor, de artillería. - Pues bien - continuó el desconocido - lo habéis adivinado soy un oficial. Ahora, decidme: ¿Si yo os suplicase que me hicieris un favor que en nada ha- de comprometeros, lo haríais? - Si el servicio que de mí deseáis, no me obliga á abandonar mi puesto... - Nada de eso, amigo mío. - Siendo así, estoy á vuestras órdenes, mi ofi- cial. El desconocido se llevó á Martín á algunos pasos de distancia del pescador y le dijo en voz baja: - ¿A quién pertenece ese castillo? - Al general barón de Ruvigny. - ¿Está él ahí? - No; el general está en París. - ¿Y... la baronesa...? - preguntó el oficial con voz alterada. - La baronesa está en Ruvigny. - ¿La conocéis? - Sí, la conozco - murmuró el aduanero. - ¡Ah, pobre señoral Es la bienhechora de mis hijos. - Pues bien - replicó el oficial - precis, amigo mío, que nos prestéis un gran servicio á ella... y á mí. - ¿A ella? ¡Oul, hablád. ¿Qué es lo que deseáis, mi oficial? - Que le entreguéis esta carta.

«¿Quién vive? - gritó el aduanero al mismo ti- empo que se aproximaba á los recién llegados. - ¡Amigo! - respondió el caballero, y mirando fi- jamente á Martín, le dijo: - No somos contrabandistas; pedís registrar nues- tra barca, no contiene nada. - Así lo creo, mi oficial - respondió Martín. El desconocido se estremeció. - ¡Acaso habéis sido soldados? - Sí, señor, de artillería. - Pues bien - continuó el desconocido - lo habéis adivinado soy un oficial. Ahora, decidme: ¿Si yo os suplicase que me hicieris un favor que en nada ha- de comprometeros, lo haríais? - Si el servicio que de mí deseáis, no me obliga á abandonar mi puesto... - Nada de eso, amigo mío. - Siendo así, estoy á vuestras órdenes, mi ofi- cial. El desconocido se llevó á Martín á algunos pasos de distancia del pescador y le dijo en voz baja: - ¿A quién pertenece ese castillo? - Al general barón de Ruvigny. - ¿Está él ahí? - No; el general está en París. - ¿Y... la baronesa...? - preguntó el oficial con voz alterada. - La baronesa está en Ruvigny. - ¿La conocéis? - Sí, la conozco - murmuró el aduanero. - ¡Ah, pobre señoral Es la bienhechora de mis hijos. - Pues bien - replicó el oficial - precis, amigo mío, que nos prestéis un gran servicio á ella... y á mí. - ¿A ella? ¡Oul, hablád. ¿Qué es lo que deseáis, mi oficial? - Que le entreguéis esta carta.

«¿Quién vive? - gritó el aduanero al mismo ti- empo que se aproximaba á los recién llegados. - ¡Amigo! - respondió el caballero, y mirando fi- jamente á Martín, le dijo: - No somos contrabandistas; pedís registrar nues- tra barca, no contiene nada. - Así lo creo, mi oficial - respondió Martín. El desconocido se estremeció. - ¡Acaso habéis sido soldados? - Sí, señor, de artillería. - Pues bien - continuó el desconocido - lo habéis adivinado soy un oficial. Ahora, decidme: ¿Si yo os suplicase que me hicieris un favor que en nada ha- de comprometeros, lo haríais? - Si el servicio que de mí deseáis, no me obliga á abandonar mi puesto... - Nada de eso, amigo mío. - Siendo así, estoy á vuestras órdenes, mi ofi- cial. El desconocido se llevó á Martín á algunos pasos de distancia del pescador y le dijo en voz baja: - ¿A quién pertenece ese castillo? - Al general barón de Ruvigny. - ¿Está él ahí? - No; el general está en París. - ¿Y... la baronesa...? - preguntó el oficial con voz alterada. - La baronesa está en Ruvigny. - ¿La conocéis? - Sí, la conozco - murmuró el aduanero. - ¡Ah, pobre señoral Es la bienhechora de mis hijos. - Pues bien - replicó el oficial - precis, amigo mío, que nos prestéis un gran servicio á ella... y á mí. - ¿A ella? ¡Oul, hablád. ¿Qué es lo que deseáis, mi oficial? - Que le entreguéis esta carta.

«¿Quién vive? - gritó el aduanero al mismo ti- empo que se aproximaba á los recién llegados. - ¡Amigo! - respondió el caballero, y mirando fi- jamente á Martín, le dijo: - No somos contrabandistas; pedís registrar nues- tra barca, no contiene nada. - Así lo creo, mi oficial - respondió Martín. El desconocido se estremeció. - ¡Acaso habéis sido soldados? - Sí, señor, de artillería. - Pues bien - continuó el desconocido - lo habéis adivinado soy un oficial. Ahora, decidme: ¿Si yo os suplicase que me hicieris un favor que en nada ha- de comprometeros, lo haríais? - Si el servicio que de mí deseáis, no me obliga á abandonar mi puesto... - Nada de eso, amigo mío. - Siendo así, estoy á vuestras órdenes, mi ofi- cial. El desconocido se llevó á Martín á algunos pasos de distancia del pescador y le dijo en voz baja: - ¿A quién pertenece ese castillo? - Al general barón de Ruvigny. - ¿Está él ahí? - No; el general está en París. - ¿Y... la baronesa...? - preguntó el oficial con voz alterada. - La baronesa está en Ruvigny. - ¿La conocéis? - Sí, la conozco - murmuró el aduanero. - ¡Ah, pobre señoral Es la bienhechora de mis hijos. - Pues bien - replicó el oficial - precis, amigo mío, que nos prestéis un gran servicio á ella... y á mí. - ¿A ella? ¡Oul, hablád. ¿Qué es lo que deseáis, mi oficial? - Que le entreguéis esta carta.

«¿Quién vive? - gritó el aduanero al mismo ti- empo que se aproximaba á los recién llegados. - ¡Amigo! - respondió el caballero, y mirando fi- jamente á Martín, le dijo: - No somos contrabandistas; pedís registrar nues- tra barca, no contiene nada. - Así lo creo, mi oficial - respondió Martín. El desconocido se estremeció. - ¡Acaso habéis sido soldados? - Sí, señor, de artillería. - Pues bien - continuó el desconocido - lo habéis adivinado soy un oficial. Ahora, decidme: ¿Si yo os suplicase que me hicieris un favor que en nada ha- de comprometeros, lo haríais? - Si el servicio que de mí deseáis, no me obliga á abandonar mi puesto... - Nada de eso, amigo mío. - Siendo así, estoy á vuestras órdenes, mi ofi- cial. El desconocido se llevó á Martín á algunos pasos de distancia del pescador y le dijo en voz baja: - ¿A quién pertenece ese castillo? - Al general barón de Ruvigny. - ¿Está él ahí? - No; el general está en París. - ¿Y... la baronesa...? - preguntó el oficial con voz alterada. - La baronesa está en Ruvigny. - ¿La conocéis? - Sí, la conozco - murmuró el aduanero. - ¡Ah, pobre señoral Es la bienhechora de mis hijos. - Pues bien - replicó el oficial - precis, amigo mío, que nos prestéis un gran servicio á ella... y á mí. - ¿A ella? ¡Oul, hablád. ¿Qué es lo que deseáis, mi oficial? - Que le entreguéis esta carta.

ATENTADO REGIO

(POR TELÉGRAFO) La manifestación de protesta. - Ova- ciones á los reyes. - Detalles. Madrid 10 (11 n.) Se verificó la manifestación de protes- ta contra el atentado á la vida anunciada. Dada la festividad del día mucha gente acudió al relevo de las tropas en Palacio, engrosando la manifestación. Esta resultó animadísima. La presidian Aguilera, Ruiz Jimenez é Ibarroá. Al pasar p r frente á la casa en que se complotó el atentado se detuvo un mo- mento. Aguilera y Ruiz Jimenez pronunciaron breves discursos, protestando del aten- tado. Fueron aplaudidos, Se dieron mueras al anarquismo y vi- vas á los reyes. Frente á la Capitanía general se vito- reó al ejército y al regimiento de Wad- Ras, y se dieron mueras á los anarquis- tas. Se obligó á parar á los coches y tran- vías. Al llegar á la plaza de la Armería la manifestación era muy numerosa. El balcón central de Palacio ostentaba caigaduras. Se asomó el rey, con uniforme de ge- neral de alabarderos, y la reina Victoria con traje lila y mantilla blanca, saludan- do al público. Este los ovacionó, agitando los pañue- los. Como era la hora del relevo, las músi- cas tocaron la marcha real. Los reyes se vieron obligados á aso- marse dos veces al balcón en medio de grandes ovaciones. Aguilera pronunció algunas frases que no se oyeron. Los manifestantes se disolvieron sin incidentes. Hubo exceso de precauciones viéndose muchos civiles de infantería y caballería y policías. Además en el gobierno civil había ra- tenes. Manifestaciones en provincias Las telegramas recibidos de provincias participan que se celebraron con escasa concurrencia las manifestaciones para protestar del atentado, sin incidentes. No obstante se adoptaron muchas pre- cauciones. En el cuartel de los Docks. - Imposi- ción de cruces. - Acto conmevo- dor. En el cuartel de los Docks se verificó la ceremonia de imponer las cruces ro- jas concedidas con motivo del atentado. Después de oír misa formó el regi- miento en el patio ante la bandera. El coronel leyó la real orden de con- cesión de recompensas, imponiendo se- guidamente las condecoraciones á los jefes, oficiales y soldados agraciados. Entregó á los capitanes de las cam- pañas las cruces correspondientes á los heridos. El acto fué conmovedor. El general Aznar, jefe de la división, pronun- có una patriótica alocución en- sanchando el heroísmo del regimiento de Wad-Ras, terminando con vivas al rey, España y Wad Ras, que fueron contes- tados clamorosamente. Declaraciones de Nakens. - Confir- mación de Ferrer. Madrid 11 (2'30 m.) Nakens ha declarado que Ferrer le es-

cribió enviándole mil pesetas para que hiciera dos libros de enseñanza dedicados á los niños de la Escuela Moderna de Barcelona, contestándole Nakens que sus ocupaciones se lo impedían, y que le d- vo'aría la suma. Ferrer, le rogó que la conservara, pero Nakens no la hizo efectiva. Ferrer lo ha confirmado, sin descubrir totalmente sus relaciones con Morál antes de que viniera á Madrid.

NOTICIAS DE PALACIO (POR TELÉGRAFO) Capilla pública. - Revista de alabar- deros. Madrid 10 (11 n.) La capilla pública en Palacio estuvo hoy concurrencísima, asistiendo los reyes. Después se formó la guardia de alabar- deros en la galería, revistándolos el rey. Este se puso al frente desfilando de- lante de la reina Victoria, rindiéndola el rey su espada. Todo fué presenciado por la familia real.

Los reyes á la Granja A las tres y cuarto en varios automó- viles marcharon á la Granja los reyes y la princesa Beatriz con sus hijos. Los acompañan el marqués de la Mi- na, Santo Maura y otros palatinos. La princesa Beatriz y sus hijos perman-ecerán en la Granja tres días marchando después á Inglaterra. Ha dejado 1.250 pesetas para la servi- dumbre de Palacio y cantidad igual para los pobres. El rey no recibirá en la Granja audien- cia, dedicándose al descanso.

TOROS (POR TELÉGRAFO) En Madrid. - Buaya. Madrid 10 (11'45 n.) A la corrida de esta tarde acudió re- gular concurrencia. Los toros de Santamaria fueron bue- yes, imposibles para la lidia. Uno fué echado al corral y otro fo- gueado. Mordieron las broncas. Quinto y Fuentes lucharon con las condiciones de los bueyes, sin poder lu- orir, aunque demostraron deseos. Ambos estuvieron bien en dos toros y medianos en otro. Quinto fué enganchado por la manga y derribado, resultando liso. La corrida fué seca y aburridísima.

En Córdoba. - Corchaito, Manolete y Pazos. Los toros de Miura fueron regulares. Caballos arrastrados nueve. Corchaito superior en un toro y bien en otro. Manolete superior y bien respectiva- mente. Pazos regular y mal.

Café Belmar. - Arucas de caña, á 1 peseta kilo. Id. de terrón á 1'05 id. id. Id. de pilón, á 1'35 id. id. Mantecado con barquillos, copa gran- de 0'50. Café helado, 0'25

PASTELERIA FORNOS. - JABONERIAS. - Bistek de ternera con patatas soufflé, á 80 céntimos. - Morros á la madrileña, á 70 céntimos. - Servicio á domicilio

«¿Quién vive? - gritó el aduanero al mismo ti- empo que se aproximaba á los recién llegados. - ¡Amigo! - respondió el caballero, y mirando fi- jamente á Martín, le dijo: - No somos contrabandistas; pedís registrar nues- tra barca, no contiene nada. - Así lo creo, mi oficial - respondió Martín. El desconocido se estremeció. - ¡Acaso habéis sido soldados? - Sí, señor, de artillería. - Pues bien - continuó el desconocido - lo habéis adivinado soy un oficial. Ahora, decidme: ¿Si yo os suplicase que me hicieris un favor que en nada ha- de comprometeros, lo haríais? - Si el servicio que de mí deseáis, no me obliga á abandonar mi puesto... - Nada de eso, amigo mío. - Siendo así, estoy á vuestras órdenes, mi ofi- cial. El desconocido se llevó á Martín á algunos pasos de distancia del pescador y le dijo en voz baja: - ¿A quién pertenece ese castillo? - Al general barón de Ruvigny. - ¿Está él ahí? - No; el general está en París. - ¿Y... la baronesa...? - preguntó el oficial con voz alterada. - La baronesa está en Ruvigny. - ¿La conocéis? - Sí, la conozco - murmuró el aduanero. - ¡Ah, pobre señoral Es la bienhechora de mis hijos. - Pues bien - replicó el oficial - precis, amigo mío, que nos prestéis un gran servicio á ella... y á mí. - ¿A ella? ¡Oul, hablád. ¿Qué es lo que deseáis, mi oficial? - Que le entreguéis esta carta.

«¿Quién vive? - gritó el aduanero al mismo ti- empo que se aproximaba á los recién llegados. - ¡Amigo! - respondió el caballero, y mirando fi- jamente á Martín, le dijo: - No somos contrabandistas; pedís registrar nues- tra barca, no contiene nada. - Así lo creo, mi oficial - respondió Martín. El desconocido se estremeció. - ¡Acaso habéis sido soldados? - Sí, señor, de artillería. - Pues bien - continuó el desconocido - lo habéis adivinado soy un oficial. Ahora, decidme: ¿Si yo os suplicase que me hicieris un favor que en nada ha- de comprometeros, lo haríais? - Si el servicio que de mí deseáis, no me obliga á abandonar mi puesto... - Nada de eso, amigo mío. - Siendo así, estoy á vuestras órdenes, mi ofi- cial. El desconocido se llevó á Martín á algunos pasos de distancia del pescador y le dijo en voz baja: - ¿A quién pertenece ese castillo? - Al general barón de Ruvigny. - ¿Está él ahí? - No; el general está en París. - ¿Y... la baronesa...? - preguntó el oficial con voz alterada. - La baronesa está en Ruvigny. - ¿La conocéis? - Sí, la conozco - murmuró el aduanero. - ¡Ah, pobre señoral Es la bienhechora de mis hijos. - Pues bien - replicó el oficial - precis, amigo mío, que nos prestéis un gran servicio á ella... y á mí. - ¿A ella? ¡Oul, hablád. ¿Qué es lo que deseáis, mi oficial? - Que le entreguéis esta carta.

«¿Quién vive? - gritó el aduanero al mismo ti- empo que se aproximaba á los recién llegados. - ¡Amigo! - respondió el caballero, y mirando fi- jamente á Martín, le dijo: - No somos contrabandistas; pedís registrar nues- tra barca, no contiene nada. - Así lo creo, mi oficial - respondió Martín. El desconocido se estremeció. - ¡Acaso habéis sido soldados? - Sí, señor, de artillería. - Pues bien - continuó el desconocido - lo habéis adivinado soy un oficial. Ahora, decidme: ¿Si yo os suplicase que me hicieris un favor que en nada ha- de comprometeros, lo haríais? - Si el servicio que de mí deseáis, no me obliga á abandonar mi puesto... - Nada de eso, amigo mío. - Siendo así, estoy á vuestras órdenes, mi ofi- cial. El desconocido se llevó á Martín á algunos pasos de distancia del pescador y le dijo en voz baja: - ¿A quién pertenece ese castillo? - Al general barón de Ruvigny. - ¿Está él ahí? - No; el general está en París. - ¿Y... la baronesa...? - preguntó el oficial con voz alterada. - La baronesa está en Ruvigny. - ¿La conocéis? - Sí, la conozco - murmuró el aduanero. - ¡Ah, pobre señoral Es la bienhechora de mis hijos. - Pues bien - replicó el oficial - precis, amigo mío, que nos prestéis un gran servicio á ella... y á mí. - ¿A ella? ¡Oul, hablád. ¿Qué es lo que



